

Pepe Rosa

Número 4





Sumario

Número 4

**Centro
Documental**
"José María Rosa"
Eduardo Rosa
Enrique Manson
Pablo Hernández
Carla Moriana
Micaela Rosa

Colaboran
en ese número:
Julián Otal Landi
Juan Carlos Cantoni
Aritz Recalde

Pepe Rosa agradece
a la revista ABC
por la colaboración
en la difusión militante

Diagramación:
Ediciones Fabro

El 17 de octubre y mi tía abuela

Por Eduardo Rosa 3

Scalabrini y su "Espíritu de la tierra" (primera parte)

Por Julián Otal Landi 5

La soberanía

Por Enrique Manson 10

Dos Santos, uno sacerdote y otro montonero.

Por Eduardo Rosa 14

El 17 de octubre. Entre la memoria y la Historia

Por Juan Carlos Cantoni 15

El peronismo, los intelectuales y la universidad.

Por Aritz Recalde 26

Leopoldo Marechal La poesía compañera

Por Pablo José Hernández 32



El 17 de Octubre y mi tía abuela

por Eduardo Rosa



El diario “El Pueblo” no era peronista, se autoproclamaba “diario Católico”.

En él escribía Delfina Bunge, notable literata y, como veremos una persona que razonaba.

Delfina Bunge en un artículo titulado: “Una emoción nueva en Buenos Aires” describirá este acontecimiento como lo vio desde su balcón

Delfina Bunge de Gálvez: “(...) De todos los puntos suburbanos veíanse llegar grupos de proletarios; de los más pobres de entre los proletarios. Y pasaban debajo de nuestros balcones. Era la turba tan temida. Era –pensábamos– la gente des-

contenta... Con el antiguo temor, nuestro impulso fue el de cerrar los balcones. Pero al asomarnos a la calle quedábamos en suspenso... Pues he ahí que estas turbas se presentaban a nuestros ojos como trocadas por una milagrosa transformación. Su aspecto era bonachón y tranquilo. No había caras hostiles ni puños

levantados, como lo vimos hace pocos años. Y más aún, nos sorprendieron sus gritos y estribillos. No se pedía la cabeza de nadie. Esas turbas parecían cristianas sin saberlo. Y sabiéndolo, eran argentinas... Sí, Jesús debió efectuar su milagro en favor de turbas semejantes a éstas, de desarrapados... A nosotros nos toca no

defraudar a un pueblo pacífico en sus esperanzas de buena acogida y de un mínimo siquiera de justicia social.

MANUEL Gálvez, su esposo comentaría....

Evoca las turbas de Palestina que seguían a Jesús..... (se) interpretó que Delfina comparaba a Perón con Cristo... Lo que comparaba eran las turbas. ¿O creían, los ignorantes, que quienes seguían a Jesús era la “gente bien” de Jerusalén? No. los que seguían a Jesús eran los descamisados, la “chusma”. Igualmente desharrapados los de entonces y los de 1945.”.



RESULTADO: Cantidad de suscriptores se borraron, el director debió renunciar y algunos conocidos llegaron a negar a Delfina el saludo por su actitud de comprensión hacia el nuevo fenómeno de masas iniciado en 1945.



El diario “El Pueblo” –católico pero no fanático– ya no publicó más artículos ni de Delfina ni de su esposo.

Según Félix Luna, su voz fue la única sensata. En ese momento de descontrol político-emocional, ella habló con total objetividad sobre lo que estaba viendo desde su balcón de la calle Santa Fe: allí no había violencia ni resentimiento, sólo rostros humildes, cansados y felices de ser protagonistas, por primera vez, en la gran ciudad que les volvía la espalda.



Nuestro primer Santo Laico
(Se lo reverencia el 18 de octubre)



Scalabrini y su “Espíritu de la Tierra”

“Marechal insistía: –El que no ha escuchado la voz del Río no comprenderá nunca la tristeza de Buenos Aires. ¡Es la tristeza del barro que pide un alma!

No pudo continuar, porque se le atragantó una ola de llanto y su cabeza rodó en el pecho de Xul Solar.

–El problema no está en el río –empezó a decir Scalabrini, el hombre de la talla diminuta–. Si evitamos las tentaciones más o menos líricas y abrimos los ojos...

Pero Borges con su mano fofa de molusco le tocó la espalda: –¡Alto ahí! –le dijo– Entiendo que Buenos Aires nos ofrecía una versión poética –alcohólico –sentimental del Río... ¡Yo sostengo que mientes!

–¿Qué miento? –gruñó Scalabrini–. ¡Ahora voy a decirles cómo planteo yo el problema de Buenos Aires!

No consiguió hacerlo porque Oliverio Girando intervino sonoramente implorando: –¡Atájenlo! ¿No ven que ya está oliendo a Espíritu de la Tierra? ¡El muy zorro va a encajarnos otra vez su condenada teoría!”¹



Por Julián Otal Landi

El citado epígrafe está obtenido de la extraordinaria novela de Leopoldo Marechal titulada *Adán Buenosayres*, donde retrata, con otros nombres, a sus compañeros *martinfierristas*. La imagen satírica que expone Marechal refleja una verdadera crítica hacia las posturas de sus compañeros, dueños de un criollismo urbano de vanguardia².

Así, cuando mencionaba a Raúl Scalabrini Ortiz, lo personificaba como el *petizo Bernini* un fervoroso discutidor de teorías nacionalistas que trata de martillar sus ideas a sus compañeros en todo momen-



to, insistentemente, sin éxito. Pero *Adán Buenosayres* no es una simple novela,

¹ Extracto adaptado de MARECHAL, L. *Adán Buenosayres*. Buenos Aires. Sudamericana. 1976. p.188.

² Así los denomina Beatriz Sarlo en “Vanguardia y criollismo. La aventura de Martín Fierro”, en ALTAMIRANO, C. – SARLO, B. *Ensayos Argentinos*. Buenos Aires. CEAL. 1983. p.159.

porque también retrata el carácter de una época, de una búsqueda de una literatura fundacional, renovadora, es el reflejo de los escritores de *Florida*. Y la crítica que produce Marechal hacia Scalabrini es la de un escritor desencajado de su época, buscando verdades que no le interesan a esos grupos de jóvenes literatos preocupados por la estética. A su vez, tampoco se los puede unir con los de *Boedo*, ya que la teoría del *Espíritu de la tierra* no formaba parte de una literatura de izquierda, preocupada por el realismo social. El *hombre de Corrientes y Esmeralda* ya estaba solo antes de iniciar su recorrido...

La economía y la entrega

Cuando Buenos Aires promediaba el '30, Scalabrini Ortiz era un escritor reconocido, originario de la Florida pero abierto a los distintos círculos literarios: no faltaban aportes suyos en las revistas *Claridad*, y posteriormente en *Metrópolis*; así como también fue asiduo colaborador de *La Nación* y *El Hogar*, donde desarrolló esa misteriosa teoría metafísica, mientras se convertía en un cronista conocedor de los cien barrios porteños, llegando incluso a reemplazar entre setiembre y noviembre de 1929, las famosas *Aguafuertes porteñas* de Arlt en el diario *El Mundo*. No obstante, su *biblia porteña* tan aplaudida y reconocida por el *stablishment* de entonces llamada *El hombre que está solo y espera*, verá la luz recién en 1931, gracias al apoyo y sugerencia de Manuel Gleiser que terminara convenciendo a Scalabrini que el *Hombre de Corrientes y Esmeralda* debía formar parte de un ensayo y no de una novela.

Cuando Buenos Aires promediaba el '30, Scalabrini Ortiz era un escritor reconoci-



do, originario de la Florida pero abierto a los distintos círculos literarios: no faltaban aportes suyos en las revistas *Claridad*, y posteriormente en *Metrópolis*; así como también fue asiduo colaborador de *La Nación* y *El Hogar*, donde desarrolló esa misteriosa teoría metafísica, mientras se convertía en un cronista conocedor de los cien barrios porteños, llegando incluso a reemplazar entre setiembre y noviembre de 1929, las famosas *Aguafuertes porteñas* de Arlt en el diario *El Mundo*. No obstante, su *biblia porteña* tan aplaudida y reconocida por el *stablishment* de entonces llamada *El hombre que está solo y espera*, verá la luz recién en 1931, gracias al apoyo y sugerencia de Manuel Gleiser que terminara convenciendo a Scalabrini que el *Hombre de Corrientes y Esmeralda* debía formar parte de un ensayo y no de una novela.

La obra, al decir de Halperín Donghi, parecería reflejar a la Argentina anterior a la hecatombe de 1929 -30, y que su autor aún no había advertido que ya no sería la misma.³ En realidad, lo que

pretende reflejar es un estado de animosidad y ética porteña, que transmite lo puro, lo auténtico del ser nacional. A la síntesis del *Espíritu de la tierra*, que caracterizaba la conciencia y el ideal del pueblo que Ricardo Rojas lo denominaba la *argentinidad*,⁴ Scalabrini le encontró ubicación: Corrientes y Esmeralda. El hombre que espera en esa esquina será “*el instrumento que permitirá hincar la viva carne de los hechos actuales, y en la vivisección descubrir ese espíritu de la tierra*”.⁵ La elección de la esquina no fue arbitraria: en los veinte, el sótano del Royal Keller, ubicado bajo esas coordenadas, era una de las sedes más representativas de la vanguardia literaria; donde se realizaba *La Revista Oral* en la cual Scalabrini participó junto con otros martinfierristas. Incluso tenía para él, boxeador en su juventud, un encanto particular, ya que en este lugar se realizaron las primeras exhibiciones de boxeo.⁶ Entonces este representante del ser nacional, estuvo íntimamente vinculado a esta esquina, lugar donde debatirá su “*condenada teoría*”. En ese mismo lugar, recordará Marechal, “*Raúl Scalabrini Ortiz (que aún no pensaba en los ferrocarriles argentinos) concebía su drama filosófico de un Hombre en soledad y esperanza*”.⁷ Evidentemente, **el ensayo sobre el ser nacional, era también un testimonio de su vida, y un manifiesto**

de su filosofía ético-social. A diferencia de otros ensayos que buscaban al ser nacional, como *Radiografía de la Pampa* de Martínez Estrada, no reflejaba el inevitable tránsito hacia un destino trágico, pero tampoco emprendía la búsqueda de la *Argentina invisible*, aquella que fue conformada por una elite aristocrática y criolla como la que había promovido la fundación de la civilización⁸ (tal como lo había interpretado Mitre) como *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea. De hecho, Scalabrini apela a la unión intrínseca entre el hombre en comunidad apegado a su tierra, formando con ella una entidad común. **Esa relación metafísica es la barrera que impidió la penetración de costumbres exóticas, es la forma de explicar cómo el aluvión inmigratorio no pudo desviar el destino del ser nacional.** Pero si la obra ofrece, en respuesta a los análisis de la intelectualidad extranjera, una visión interior de la argentinidad, tampoco reniega de la práctica liberal de aquel entonces como cree Nicolás Shumway, que califica a la obra de Scalabrini como una reconstrucción de un neo tribalismo en oposición al estado liberal⁹. Lo que sí se evidencia es la soledad pronunciada por su autor pero que manifiesta la esperanza de encontrar a su receptor, es decir, a un actor social del que todavía no se ha percatado o no ha entrado en contacto.

4 ROJAS, R. *La Argentinidad*. Buenos Aires. La Facultad. 1916. p. 7

5 SCALABRINI ORTIZ, R. *El hombre que está solo y espera*. Buenos Aires. Manuel Gleiser. 1931.

6 SAÍTTA, S. “Ciudades escritas: mapas urbanos en la literatura y el periodismo” en KORN, F. –ROMERO, L. A. (comp.) *Buenos Aires /Entreguerras*. Buenos Aires. Alianza. 2006. p. 223.

7 MARECHAL, L. *Historia de la calle Corrientes*. Buenos Aires. Arrabal. p. 12.

8 “*Ese signo argentino, esa exaltación severa de la vida que llevaban en sí como un sacramento estos hombres interiores a quienes había podido observar en los sitios más inesperados del país, lo había yo reconocido en la faz humana de algunos de nuestros hombres cimeros...*” MALLEA, E. *Historia de una pasión argentina*. Buenos Aires. Sudamericana. 1995. p.92.

9 SHUMWAY, N. *La imaginación tribal: Raúl Scalabrini Ortiz y su reconstrucción de la tribu argentina que nunca fue*. San Pablo. Cuadernos de Recienvenido/ 5, Universidad de Sao Paulo. 1997. p. 24.

Corrientes y Esmeralda, Amainaron guapos junto a tus ochavas

Por lo tanto, en su primer edición, no aparece explícito el vacío de representatividad política que sufre el argentino, más bien mantiene cierta adhesión a la práctica democrática liberal, en la cual delega su poder en su representante. Es más, para Scalabrini el hombre porteño goza de un instinto político admirable, y es así que *“ha impedido que el capital extranjero se ingiriera en el manejo de la función pública, y ha desconceptuado a los hombres que tutelaron su infiltración en el gobierno”*.¹⁰ Por entonces, Scalabrini supone que los fracasos gubernamentales y el descontento es producto puro y exclusivo de la desconexión existente entre la dirigencia nacional y sus representantes. Entonces, la caída de Yrigoyen se explica por su soberbia a la hora de gobernar: *“En todos sus actos había un “A mí qué me importa lo que piense la plebe”. Y cayó arrasado por la avalancha de la indignación. Ahora estamos frente a una soberbia peor (en referencia a Uriburu).”*¹¹

Sin embargo, la crisis del treinta, marca un punto de inflexión en la vida de Scalabrini. **Su compromiso y el emprendimiento en la búsqueda del ser nacional lo llevan al abordaje de una larga experiencia y la misma se va ir actualizando en su biblia porteña.** Así, entrará en contradicción frente a una intelectualidad que le había abierto los brazos y habían visto en él, como Eduardo Mallea, a un gran valor de las letras argentinas¹².



Pues por entonces en Argentina, donde las bases de la cultura elevada fueron tomadas directamente de Europa, ahora bajo un período de crisis que la asolaba con la amenaza *bolchevique* y *fascista*, se instauraba en estas minorías selectas “un horror al vacío” debido al aislamiento que provocaba y, a su vez, a perder su sustento estructural por parte de los sectores dominantes. Esta encrucijada cultural persuadió a los intelectuales a asumir una defensa de los valores que consideraban en peligro mientras apelaban a cierto resguardo apolítico, como enfatizara Julien Benda.¹³ De esta forma y siguiendo la idea de Benda, Scalabrini Ortiz fue catalogado de traidor por sus pares, ya que emprende en su labor intelectual una comprometedor labor crítica. Así como el Hombre de Corrientes y Esmeralda era inmune a tendencias extranjerizantes, Scalabrini Ortiz se declaraba independiente de toda ideología foránea. Este derrotero se inició con un artículo en el diario *El Mundo* el 13 de

10 SCALABRINI ORTIZ, R. *Op. Cit.* p. 89.

11 SCALABRINI ORTIZ, R. *Op. Cit.* p. 93.

12 René Orsi recordaba en su libro una anécdota en la cual Eduardo Mallea (director del suplemento literario de *La Nación*) decía de él: “¿Qué es de la vida de Raúl? ¡Qué lástima! Las letras argentinas han perdido un gran valor”, haciendo clara alusión a su militancia en FORJA. ORSI, R. *Jauretche y Scalabrini Ortiz*. Buenos Aires. Peña Lillo. 1985. p. 35.

13 BENDA, J. *La traición de los intelectuales*. Buenos Aires. Efecé. 1974

julio de 1932 donde afirmaba: “*Fácil es adosarse a un régimen social, político y religioso, sea fascismo o comunismo, liberalismo o clericalismo. Fácil es repetir como loro el dogma, la frase ritual, el argumento ya construido, la réplica ingeniosa... (pero) sólo mediante su sinceridad, el escritor será lo que debe ser, un conductor, un pastor de hombres perdidos...*”. En la cuarta edición de su libro, julio de 1932, agrega: “*(Uriburu) pasó lamentablemente, aunque todavía su sombra, con lamentables esporos de ideas importados, algunos tratan, desesperadamente, de sacar utilidad personal en el desquicio provocado. Algún día los gobernadores, escaldados,*

aprenderán a respetar las terminantes – aunque no dichas- convicciones del espíritu de la tierra”¹⁴. Al poco tiempo, terminaba renunciando a la condición de vocal de la Comisión Directiva de la SADE publicando una carta donde afirmaba: “**No tengo empleo ni lo tendré. Soy opositor, y de mi nuevo libro en que pienso demostrar con números en la mano, que el país ha sido miserablemente vendido al capital extranjero, más espero persecuciones que premios**”¹⁵. Scalabrini consideró que un intelectual no podía estar pendiente de lo que sucede en Europa y mantenerse al margen de la escandalosa década infame.

13/01/42 muchos amigos de Raúl quedan perplejos al leer el siguiente aviso en los ofrecidos de “La Prensa”:

“Caballero argentino, casado, de 44 años, con amplias relaciones, estudios universitarios, técnicos, una vasta cultura general, científica, literaria y filosófica, con experiencia general y profunda de nuestro ambiente económico y político, ex redactor de los principales diarios, autor de varios libros premiados y de investigaciones, aceptaría dirección, administración o consulta de empresa argentina, en planta o en proyecto, en los órdenes industria, comercial o agrario. Dirigirse a Raúl Scalabrini Ortiz, Calle Vergara 1355, Vicente López”.

No me vendo ni me alquilo

14 SCALABRINI ORTIZ, R. *El hombre que está solo y espera*. Buenos Aires. Biblos. 2005. p. 93.

15 *Claridad*, N° 142. Buenos Aires. 29 de abril de 1933.



La Soberanía

*¡Que los parió a los gringos
Juna gran siete!
Navegar tantos mares
Venirse al cuete*

por Enrique Manson



Cuando la tarde del 20 de noviembre de 2011, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner, acompañada de una multitud nunca vista en esos parajes, inauguró el monumento a la Batalla de la Vuelta de Obligado, la emoción que embargaba a los asistentes impidió que se percataran que, en las primeras filas, unas docenas de argentinos y argentinas que habían superado la edad de la jubilación, lloraban copiosas lágrimas sin poder contenerse.

Éramos pocos. Seguramente la tercera generación de revisionistas convencidos, que bendecíamos el privilegio de estar presentes en ese momento y en ese lugar.

De ningún modo tienen estas palabras la pretensión de una exclusividad de derechos sobre la recordación de la gesta gloriosa. Al contrario. La incontenible euforia de esos viejos llorones se alimentaba –más que en la construcción del monumento, la celebración de la fecha, el canto del *Triunfo de Obligado*, y

el discurso de la presidenta que presidía el acto- de la inmensidad de la masa concurrente.

Sentíamos que estábamos pagando una vieja deuda que teníamos con muchos ausentes, que tal vez nos estuvieran mirando desde otros espacios: Adolfo Saldías, Ma-



No faltó el “historiador” oficial que consideró a las cadenas de Obligado como símbolo de la condición tiránica del gobierno de Rosas.

nuel Gálvez, Dardo Corvalán Mendilaharsu, Julio Irazusta, Fermín Chávez y, sobre todo nuestro querido maestro Pepe Rosa.

Aunque más que con ellos, que tanto habían hecho para lograr este acto de justicia, la deuda mayor era con Lucio Mansilla, Petrona Simonino, Josefa Ruiz Moreno, Rudecinda Porcel, Carolina Suárez, Faustina Pereira, Álvaro Alzogaray, Juan Bautista Thorne, Ramón Rodríguez, Tomás Craig, Facundo Quiroga, Sabino O'Donnell, con los combatientes que cayeron o no cayeron, pero resistieron heroicamente a las dos flotas más poderosas del mundo, y desde luego a Don Juan Manuel de Rosas. El lúcido y tenaz conductor de esa Confederación Argentina que no estaba dispuesta a ceder un palmo de su soberanía.

Pero si hubo héroes y patriotas en Obligado, también había cómplices de la agresión imperialista. Poco tardó el decano del periodismo vernáculo, *La Nación*, el diario que al decir de Homero Manzi dejó Bartolomé Mitre de guardaespaldas pos mortem, en manifestar su desacuerdo. Ocho días después manifestaba su indignación en un artículo que respondía a la falsificación de la Historia que demandaba en 1857 el diputado Nicolás Albarellos en el juicio por traición a la Patria contra el depuesto *Restaurador*: “No puede librarse a la Historia el fallo del tirano Rosas. ¿Qué dirá la Historia cuando se vea que la Inglaterra ha devuelto a ese tirano los cañones tomados en acción de guerra y saludado su pabellón sangriento y manchado con una salva de 21 cañonazos?”

No señor, no podemos dejar el juicio de Rosas a la Historia, porque si no decimos desde ahora que era un traidor, y no enseñamos en la escuela a odiarlo, Rosas no



¡No pasarán impunemente!
General Lucio Mansilla

será considerado por la Historia como un tirano, quizá lo sería como el más grande y glorioso de los argentinos”.

En el artículo de la autodenominada Tribuna de Doctrina Luis Alberto Romero, que ya había manifestado su adhesión a los derechos de los ocupantes de nuestras islas Malvinas, afirmaba: “El Estado asume como doctrina oficial la versión revisionista del pasado. Descalifica a los historiadores formados en sus universidades... con méto-

dos que recuerdan a las prácticas totalitarias. Palabras, quizá, pero luego vienen los hechos”. No era la primera vez que Romero se manifestaba con expresiones admonitorias contra la interpretación revisionista de nuestro pasado. Ya había dicho, refiriéndose a las guerras coloniales que la Argentina soportó en las décadas de 1840 y 1850 que lamentaba que “se festejara una derrota”. También afirmaba que “se llegó a un acuerdo muy honroso..., en el que Rosas obtuvo lo que no pudo lograr en el campo de batalla. Celebremos pues el éxito pacífico de la diplomacia y no el fracaso de la guerra.”

El problema es que guerra y diplomacia eran una unidad. Una guerra es siempre una calamidad, pero hay guerras inevitables, sobre todo cuando se nos vienen encima las dos primeras potencias de la época, ayudadas por cómplices nativos. De la crítica parece surgir la idea de que el “tirano” fracasó con los cañones, y eligió después la diplomacia.

Es algo parecido a lo del alumno del maestro Firpo que decía que un perro era cuatro patas, dos orejas y una cola. El



Un perro es: patas, cuatro, orejas, dos, cola, una.
Total siete.

perro es un animal, que tiene patas, cola y orejas.

El conflicto con los imperios tuvo batallas y diplomacia. Era una guerra colonial en la que se enfrentaban un imperio –dos, en este caso– con un país pequeño. Los agresores buscaban una ganancia, pero el costo no debía superar al beneficio esperado.

Obligado fue el punto culminante de esa guerra. En ella se destacó el heroísmo de los guerreros argentinos. Pero las guerras contra las potencias no se ganan sólo con heroísmo. No menos necesaria es la conducción de un estadista que, como Juan Manuel de Rosas, apoyado por su pueblo, condujo con firmeza y talento la lucha contra las dos potencias de su época. Y aunque los barcos enemigos hayan pasado, tras un día entero de batalla desigual, “aguas arriba del Paraná”, como dice la canción, Sus diplomáticos debieron presentarse en Palermo con la cola entre las piernas a negociar con la Argentina sin poder lograr lo que obtenían –también a la fuerza– en Indochina, Argelia, China o Méjico.

Es cierto que había argentinos que tenían, como decía Romero, “opiniones diferentes sobre cómo organizar el país”, aunque es lamentable que quienes las

tenían hubieran gestionado la intrusión anglo francesa y, muchos de ellos, disfrutaran del espectáculo de Obligado desde la borda de los barcos invasores. Esto fue juzgado por San Martín lamentando que hubiera “americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su Patria.”

Es conocido el juicio del Libertador cuando escribió a su amigo Tomás Guido: “Ya sabía la acción de Obligado; ¡que iniquidad! De todos modos los interventores habrán visto por este échantillon que los argentinos no son empanadas que se comen sin más trabajo que abrir la boca”... .”esta contienda, que en mi opinión es de tanta trascendencia como la de nuestra emancipación de la España”.



Florencio Varela. “había argentinos que tenían opiniones diferentes” y que vieron la batalla bajo las banderas invasoras

Ya en su testamento había establecido que *“El sable que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia de la América del Sur le será entregado al General de la República Argentina, Don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido*

de ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla”.



“Más bien he creído no tirase usted demasiado de la cuerda de las negociaciones seguidas cuando se trataba del honor nacional”

No es tan conocido el comentario en carta a Rosas, después de conocerse la victoria en la guerra: “No vaya a creer por lo que dejo expuesto, el que jamás he dudado que nuestra patria tuviese que avergonzarse de ninguna concesión humillante presidiendo usted sus destinos; por el contrario, más bien he creído no tirase usted demasiado de la cuerda

de las negociaciones seguidas cuando se trataba del honor nacional”

La historia oficial había obligado a postergar el homenaje. En los '40 y los '50 del siglo pasado, José María Rosa y sus seguidores comenzaron la campaña para dar el nombre de Día de la Soberanía al 20 de noviembre. Cuando el Congreso Nacional sancionó, en 1974, la ley 20.770 y, más aún, cuando el 3 de noviembre de 2010 por el decreto 1584 se estableció el 20 de noviembre como “Día de la Soberanía Nacional”, con carácter de feriado nacional, se llegaba a un resultado que no había sido fácil.

El 20 de noviembre de 1953 se realizó la primera conmemoración oficial convocada por el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Carlos Aloé. La contrarrevolución de 1955 postergó la inminente consagración de la fecha.

El 20 de noviembre de 2010 se pagó una deuda de honor con los héroes de Obligado. Y las lágrimas de que hablábamos antes, expresaban la inconmensurable emoción que vivíamos al sentir que algo habíamos hecho para que se pagara.



Dos Santos

Uno sacerdote y otro montonero

por Eduardo Rosa



El 16 de octubre recibimos con alegría la canonización de José Gabriel del Rosario Brochero, desde ese día “San Cura Brochero”

No han sido muchos los que queriendo a su tierra y a sus habitantes supieron ver en ellos el interior de sus almas, sencillas, solidarias, valientes y simples como lo hizo San Cura Brochero.

No fueron tiempos fáciles los suyos. Los coroneles de Mitre mataban gauchos por el solo hecho de serlo; por negarse a ocupar el último y miserable escalón que la nueva sociedad les asignaba.

Los bravos que habían construido la patria dando su sangre creían ingenuamente que también podían opinar y eso los que se creían superiores no lo toleraban.

Hoy son los mismos, los que se escandalizan con “la grieta”, que no es más que una zanja que hicieron ellos para no mezclarse con la grasa militante de hoy, el aluvión zoológico de ayer o la barbarie de anteayer y nunca supieron ver en el otro a la PATRIA.

Pero el cura Brochero tenía otra forma de pensar. Pensaba como su jefe, ese que

anduvo por tierra santa juntándose con pescadores, prostitutas y que no hacía “separación de clases”, porque predicaba a ricos y pobres, a santos y pecadores.

El otro santo que merece esta nota es un montonero, José de los Santos Guayama, un sanjuanino “lagunero” que se unió en su juventud al Chacho Peñaloza, llegó a teniente coronel junto a Felipe Varela para luego ser asesinado ya prisionero en San Juan en 1879.

Santos Guayama era un Montonero que peleaba por la supervivencia de los suyos y era considerado por Brochero, que en uno de sus escritos lo señala como uno de sus mejores amigos. Se dice que Santos Guayama concurría a los ejercicios espirituales de Brochero.

Tal vez si muchos nos viéramos en esa imagen la famosa “grieta” inventada por el periodismo para imaginar una Argentina “decente” separada de otra “indigna” se borraría.

Recémosle al nuevo santo para que esto suceda. Pero como Santos Guayama estemos prestos a tomar la tacuara si hiciese falta.



El 17 de Octubre Entre la memoria y la historia

¡Cielito, cielo que sí!
¡Cielito del 17!
¡Cielito del General
¡Que cumple lo que promete!

Agüita que vas corriendo
Repara mi condición.
Liberada de mis males
Por Evita y por Perón
Tengo todo. Humilde sigo.
Por eso guardo mi fe.
Si el General me lo ordena
“¡Presente!”, contestaré.

Anónimas¹

por Juan Carlos Cantoni



Estas coplas, por su carácter anónimo, son un producto folklórico, vale decir, de auténtica creación popular. Tienen características similares a las coplas y cantares históricos del siglo XIX. Cantares que nuestra literatura registra y nuestros antropólogos y folkloristas rescatan y estudian como evidencia del sentir y pensar popular. Tienen además otro valor, el que

le confiere la historia cuando se piensa y se escribe desde la base de ese actor colectivo, que llamamos *pueblo*. Estos materiales no son solo componentes pintorescos sino legítimas fuentes de la expresión colectiva de quienes fueron testigos y actores anónimos, pero reales, del 17 de octubre de 1945...

¹ Fueron recogidas en una breve antología publicada en “Democracia” del 22 de febrero de 1951, en conmemoración del 24 de febrero de 1946, triunfo de Perón sobre Braden, bajo el título “El amor como la guerra lo hace el criollo con canciones...”. Reeditadas en “Cancionero de Perón y Eva Perón”, antología publicada por Grupo Editor de Buenos Aires en 1966 y realizada por Luis Soler Cañas.



Los coplistas anónimos

Nuestra intención es abordar el tema del 17, teniendo en cuenta el carácter de acontecimiento cuya trascendencia histórica, ha movido a intensos debates. Estos debates han sido sesgados por distintas ópticas ideológicas, casi siempre destinados a dar *explicación*, a resultados políticos negativos. Los distintos puntos de vista de los “*varios*” antiperonismos pretenden encontrar en el acto originario del movimiento, una auto justificación de sus fracasos políticos.

Frente a estas actitudes las producciones peronistas encuentran en el 17 la exaltación triunfal, del hecho originario del proyecto nacional y popular, de independencia económica y transformación social. Por esa razón el peronismo dio al 17 de octubre el valor de un hecho fundacional, que sus opositores consideraron “mito” entre muchos otros, contruidos deliberadamente y al servicio de políticas de “manipulación de masas.”

Consideraremos inicialmente algunos testimonios, visión de “testigos calificados” por su condición de historiadores; para más adelante: las “teorías explicativas” emergentes de la consideración de los hechos en su trascendencia y como constitución de la “identidad popular”

Es frecuente en la historiografía, apelar al testimonio de los actores políticos, obreros, empresarios, etc, para indagar acerca de las “intencionalidades” y pro-

yectos sectoriales que eclosionaron en aquel 17 de octubre de 1945.

Reproducirlos aquí, excede los límites de este trabajo. No obstante corresponde señalar que, en su mayoría reflejan dos aspectos que han dado pie a distintas interpretaciones del acontecimiento. Por un lado marcan la sorpresa y hasta el estupor por la presencia de “*esas multitudes*” desfilando por las calles céntricas de Buenos Aires; por otro, el carácter espontáneo de su movilización.

No era la primera vez que las “multitudes” ocupaban el espacio público del centro, si se recuerdan la ocupación de la Plaza para escuchar la palabra de Uriburu en septiembre de 1930, o en el acompañamiento de los restos de Yrigoyen en su sepelio. Lo que en este caso asombraba era su carácter espontáneo, festivo y fundamentalmente su composición social. Una franja que surgía de los suburbios industriales de la Argentina en transformación, y que, para muchos, era el inicio triunfal de una revolución en paz; para otros la súbita reaparición de una “barbarie” no redimida y ominosa. Vale la pena transcribir la apreciación de un intelectual de la época, visión a la que se mantuvo fiel hasta su muerte:



El regreso de la mazorca

“Era así mismo la Mazorca, pues salió de los frigoríficos como la otra salió de los saladeros. Eran las mismas huestes de Rosas

ahora enroladas en la bandera de Perón, que a su vez era el sucesor de aquel tirano (...) Y aquellos siniestros demonios de la llanura que Sarmiento describió en el Facundo, no habían perecido. Están vivos en este instante y aplicados a la misma tarea, pero bajo techo en empresas muchísimo mayor que las de Rosas, Anchorena, Terrero y Urquiza. El 17 de octubre salieron a pedir cuenta de su cautiverio, a exigir un lugar al sol, y aparecieron con sus cuchillos de matarifes en la cintura, amenazando con un San Bartolomé del barrio norte. Sentimos escalofríos viéndolos desfilan en una verdadera horda silenciosa con carteles que amenazaban con tomarse una revancha terrible”²



Martínez Estrada, radiógrafo de la Pampa

Seleccionamos el testimonio de tres historiadores, no como quienes reconstruyeron con interés científico la historia contemporánea de los argentinos, sino en su calidad de contemporáneos de aquellos días.

De sus testimonios es posible rescatar su visión, cómo vivieron, cómo expe-

rimentaron un *tempo* cuya magnitud y trascendencia histórica no estaban en condiciones de dimensionar.

Muchos de nuestros historiadores han incursionado en la autobiografía, desde el Deán Funes hasta Tulio Halperin Donghi, pasando por Vicente Fidel López, Carlos Ibarguren, Ramón Cárcano, José María Rosa o Julio Irazusta, entre otros. Desde sus escritos se plantea un desafío a la interpretación y rescate de lo que realmente les impactó de su tiempo y lo que proyectan sobre el mismo desde su condición profesional. No obstante tienen un innegable valor historiográfico, merecedor de un estudio que también excede los límites de este trabajo.

Ahora bien, de acuerdo con el tema, hemos elegido a José María Rosa³, Félix Luna⁴ y Tulio Halperin Donghi.⁵

Una ubicación temporal de los autores con respecto al año de 1945, nos permite inicialmente identificar su condición generacional y su nivel de formación alcanzado. Así, José María Rosa había nacido en Buenos Aires el 20 de agosto de 1906, en el seno de una familia patricia, fuertemente vinculada a la tradición roquista. En octubre de 1945, a los 39 años se desempeñaba como abogado, título que había obtenido en 1926. Su trayectoria en el foro y en la justicia lo llevó a participar en la intervención a la provincia de Mendoza durante el gobierno de Uriburu. En Santa Fe también se desempeñó en la enseñanza universitaria y en la Justicia. Por aque-

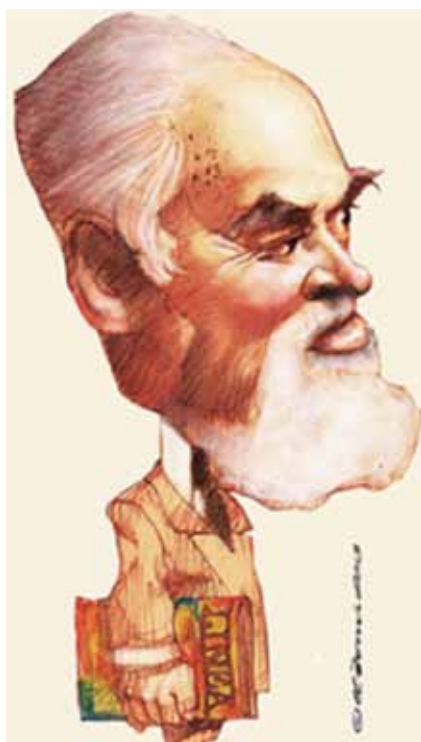
2 MARTINEZ ESTRADA, Ezequiel “¿Qué es esto? Catilinas”. Buenos Aires, Lautaro, 1956. pag.32

3 Los testimonios de José María Rosa están tomados de Pablo J, HERNANDEZ. “Conversaciones con José M. Rosa Buenos Aires, Colihue-Hachette, 1978. 118-120pp., también “Historia Argentina” Tomo XIII, 191-193pp. Allí Rosa registra anécdotas y otras palabras de A Jauretche. También reproducido en MANSON, Enrique, “José María Rosa, el historiador del pueblo”, Buenos Aires, Ciccus, 2008, pag.148. [en adelante “Conversaciones”]

4 Los testimonios de Luna están tomados de Félix LUNA, “EL 45. Crónica de un año decisivo”, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1969, 397-98 pp. [en adelante “El 45”]

5 Los testimonios de Halperin están tomados de Tulio HALPERIN DONGHI “Son memorias” Buenos Aires, Siglo XXI, 2008 .139-163 pp.[en adelante “Memorias”]

llos años militó en las filas del Partido Demócrata Progresista de Santa Fe. A fines de la década de los '30, ya identificado con el nacionalismo, publicó sus primeras obras. En 1938 se vinculó con los grupos "federalistas", núcleos originarios del revisionismo histórico santafesino, y de allí comenzó su carrera como historiador "heterodoxo" frente a la hegemonía de la historiografía liberal mitrista.



El niño bien que jugó la vida por su pueblo

Desde esta posición militante, ejerció el periodismo y se vinculó con los grupos nacionalistas que apoyaron al gobierno militar del 4 de junio de 1943. Hasta el 17 de octubre, Rosa estuvo del lado de los nacionalistas que se enfrentaron a Perón, que encabezaba la fracción *rupturista* del GOU, en relación con la política *neutralista* en el conflicto bélico. La posición de tales grupos en la dinámica política del

momento los acercaba a los liberales y comunistas, sus opositores acérrimos que combatían a los militares por "nazi fascistas". Dice Rosa:

*"(...) Encontré a los compañeros caídos de ánimo; yo también lo estaba. Algunos habían tomado la posición antiperonista; yo les recomendaba esperar a que se desarrollaran las cosas. No creía en la sinceridad de ese maridaje con radicales y liberales que hacia el gobierno, si fuera así no iría muy lejos. Los liberales (de derecha, de centro, de izquierda: es decir la oligarquía, los radicales, los socialistas y los comunistas) no podían estar con Perón. Vivían virtualmente en la guerra, y para ellos el gobierno militar era la "ocupación nazi", y pronto llegaría la "liberación" por más pasto que Perón quisiera darles. (...)”*⁶

*"(...) Como no podía convencer a mis amigos, que publicaban periódicos y volantes contra Perón sumándose inconcientemente a la oligarquía; ni tampoco defenderlo a Perón porque las puertas del gobierno estaba estrictamente cerradas a los que nos habíamos denominado "nacionalistas" (no así los forjistas nacionalistas, ni a los radicales que por obra de Jauretche, empezaban a descubrir que no todo era nazismo, ni totalitarismo en lo que decíamos) Me sumergí en el estudio”*⁷

Un paso al costado hasta la sacudida del 17. En el ínterin Rosa, recuerda haber conocido en el Jockey Club, cuya biblioteca y baños turcos frecuentaba, al embajador Spruille Braden, ya en plena misión para "acabar con el nazismo". Cuenta Rosa:

6 "Conversaciones" pag118

7 Ibidem



Un embajador atípico

“(...) Braden era un hombre de estatura mediana, anormalmente adiposo, que hablaba perfectamente español pues había pasado años en Chile donde tenía una famosa mina de cobre, y era casado con una chilena. Conversaba hasta por los codos y con cualquiera. Por descontado no sabía quien era yo, ni como pensaba, pero al encontrarse a solas con un socio del Club en el baño de calor, le habló largamente “del peligro de los nazis” (así llamaba a los nacionalistas, a quienes debía anular, porque en el mundo no había nada más que dos patrias: “la democracia y el totalitarismo”; no había fronteras sino ideologías opuestas. Lo dejé hablar, por supuesto. Esa misma idea la he oído muchas veces en otras bocas – a veces de argentinos – aunque no se referían a los nazis sino a otras ideologías”⁸

De la *Marcha Por la Libertad y la Constitución*, no recuerda haberla presenciado; supone “que debió ser muy concurrida” por quienes “olvidaban sus viejos agravios” políticos e ideológicos, marchando del bra-

zo “(...) bajo grandes estandartes con las efigies de Rivadavia, Sarmiento, Urquiza, Echeverría. Automóviles conducidos por jóvenes llevaban gente a la concentración con carteles que anunciaban la “Marcha...”

La movilización de todo el espectro liberal sumado a sus “aliados” comunistas, agregada a la presión de los medios, los pronunciamientos de las clases “decentes”⁹ y por último, la prisión de Perón y la posible constitución de un gobierno civil de “notables” de la mano de la Suprema Corte de Justicia, pareció indicar a los grupos nacionalistas el fin de sus proyectos de “nueva república”. Pero

“(...) Y de repente, inesperadamente, el 17 de octubre. (...) Cuando se produjo el 17 de octubre y empezamos a ver en la avenida de Mayo una multitud de descamisados, muchos de los cuales habían cruzado el Riachuelo a nado, nos empezó a volver el optimismo. ¿Qué era eso? Ese país no existía antes. El país éramos solo nosotros, de la alta, media o baja clase media. Estaban gritando nuestras consignas “¡Patria sí, colonia no!” No imaginábamos que esa gente pudiera ser nacionalista como nosotros. Nos entusiasmos. Recuerdo que, ya de noche, estábamos un grupo de nacionalistas y forjistas en Bolívar y Avenida de Mayo, viendo pasar a esa gente zaparrastrosa que se lavaba los pies en las fuentes de la plaza. Y cantaban y bailaban. (...) Esa gente, que parecía exteriormente tan distinta a nosotros, era nuestra gente. La de la historia y la de siempre. Alguno propuso que nos integráramos con ellos, que fuéramos a cantar y a bailar. Unos no querían, decían que era artificial. Que aquello no era auténtico,

⁸ Ibidem, pag.119

⁹ Repárese en la mención de Rosa al traslado de gente a la *Marcha* en automóviles. Al parecer la imagen de los manifestantes motorizados fue creación del diario *La Época* de Eduardo Colom. Vide MANSON, op. Cit. Pag.139

*sino gente de Perón pagada por la Secretaría de Trabajo. Otros que era un carnaval. Creo que fue Jauretche quien aclaró: "Si fuera un carnaval estarían tristes, porque todos los carnavales son tristes. Y esto es alegre es otro cosa". La mayoría nos fuimos a bailar con las grasitas y los grasitas. Y a pedir que volviese Perón, cosa que mucho no deseábamos momentos antes, pero la emoción del pueblo nos ganó. (...)"*¹⁰



Hable, Perón, que si no nos queman la Casa Rosada

Félix Luna, había nacido en Buenos Aires, también en el seno de una familia tradicional de La Rioja, y muy comprometida con la historia local del Radicalismo. Su abuelo había sido fundador de la UCR en La Rioja y él era sobrino de Pelagio Luna, ex vicepresidente de Yrigoyen. Si bien es cierto que Luna solía tomar con bastante humor su genealogía, que entre leyendas y verdades lo proyectaba hasta los tiempos de la conquista española, no es menos cierta la reafirmación continua a su prosapia radical.

De hecho en 1945 con 20 años cumplidos (había nacido el 20 de septiembre de 1925) y en los comienzos de su carrera universitaria, lo encontramos activamente

militando en las líneas de la *Intransigencia* y *Renovación* surgidas de la Declaración de Avellaneda, de reciente gestación. (4 de abril de 1945). En noviembre se constituiría como *Movimiento de Intransigencia y Renovación* con posturas críticas a las políticas del viejo radicalismo *unionista*, a su vez de raíz alvearista. Sin pertenecer al *Movimiento* pero simpatizando con sus planteos será esa la misma posición del líder cordobés Amadeo Sabattini.¹¹

Era un sector de la juventud radical, que si bien mantenía su enfrentamiento con el gobierno militar surgido el 4 de junio, rechazaban la política seguida por Perón y a la de la conducción del partido que para combatir a lo militares buscaba alianzas con los sectores mas reaccionarios de la vieja *Concordancia* y aun con los comunistas, reproduciendo lo que Yrigoyen alguna vez había definido como “*contubernio*”.

Cuenta Luna.



Un Yrigoyenista perro

“(...) Yrigoyenistas perros: eso éramos. Nuestro Corán era “El pensamiento escrito de Yrigoyen” de Gabriel del Mazo, y Amadeo Sabattini era nuestro profeta. Nos fascinaba la limpia trayectoria de Don Hipólito,

¹⁰ “*Conversaciones*”, pag.120

¹¹ Integraron el movimiento jóvenes radicales Yrigoyenistas entre los que sobresalían Moisés Lebensohn, Arturo Frondizi, Ricardo Balbín, Crisólogo Larralde, Oscar Alende, Rodolfo Rabanaque Caballero, Arturo Illia, Francisco Rabanal entre otros.

su intransigencia y su misterio. El 3 de julio [1945] fuimos, apenas abrieron la Recoleta, a rendirle homenaje como si fuera un padre muerto hace unos días; después nos enteramos que los forjistas de Jauretche y los muchachos del Comité Nacional se habían trompeado al lado mismo del mausoleo.

Solíamos andar por la Casa Radical como perdidos, entre bolches y unionistas, que nos miraban con lástima o con bronca. Instintivamente sabíamos que en la lucha contra la dictadura caminábamos en malas compañías. Y entonces nos íbamos al “Pepe Arias” o al “Mare Nostrum” a hablar mal de los figurones o a lamentar que Pueyrredón [Honorio] se estuviera muriendo. A veces nos dejábamos arrastrar por las manifestaciones. Tomábamos una manifestación que nos dejaba en Florida y Corrientes y después nos embarcábamos en otra para descender en la Facultad... Volvíamos roncos y felices de habernos desahogados, pero algo nos decía que las chicas que habían ido del brazo con nosotros por un cuarto de hora, desatadas y audaces, los caballeros de rostros enrojecidos por el placer de putear a Perón, los niños bien que habíamos descubierto entre la multitud, no eran precisamente el pueblo que buscábamos. Faltaban curdas; sobraban voces que sabían cantar La Marsellesa demasiado correctamente. (...)”¹²

La resistencia al gobierno militar aumentaba en proporción directa a sus vacilaciones, en creciente debilidad; ambas cosas aparecían cada vez más vinculadas con la descarada intervención de Braden en la política interna. El 29 de agosto de 1945 y al ser designado Secretario de Estado en su país, Braden fue agasajado con un almuerzo de despedida en el *Plaza Hotel*, con la entusiasta concurrencia

del todo Buenos Aires. En dicho acto Braden pronunció uno de los discursos más insolentes y lesivos para los que se puede tolerar de un embajador extranjero.

Pocos días antes, el Gobierno había intentado acercar a miembros civiles nombrando a H. Quijano (radical) como ministro. No obstante ello, en las manifestaciones cada vez más agudas no parecían existir “oficialistas”.

Cuenta Luna:

“(...) No había peronistas. Al menos no conocíamos ninguno. En la Facultad, en FUBA en los grupos juveniles del partido era lógico que no los hubiera. Pero es que tampoco los encontrábamos en otros lados. Y llegamos a convencernos de que no existían; que ningún argentino ni ebrio ni dormido podía ser tan miserable que estuviera con la dictadura nazi fascista... (...)

(...) Cuando íbamos en tranvía nos fijábamos en la solapa de los pasajeros y descubríamos, felices, las moneditas con la efigie de la Libertad que lucían algunos. Y no podíamos detectar, lo juro, a los que portaban el “DL-DL” con que se distinguían los adictos a la dictadura. Mirábamos con lástima a los contados cadetes que eran osados de andar los domingos por Santa Fe, a tomar el te con sus novias en la “América” o en la “Santa Unión”. Sí, no había peronistas. O si los había ¿dónde estaban? Uno iba al cine y cuando salía Farrell la sala se venía abajo de silbidos y patadas y tenían que cortar el noticiario para que terminara el escándalo; uno salía con una chica y resultaba que era furibunda luchadora por la Libertad y la Democracia y había encabezado la huelga en su colegio o copiaba volantes contra el gobierno en su oficina. ¿Dónde estaban? ¿Existían?

12 “El 45”, pag. 137.

Hablábamos de eso en el café frente a la Facultad (...) Cruzábamos apuestas sobre la caída de la dictadura. ¿En seguida de la Marcha? ¿En un mes? ¿Antes de fin de año? (...)”¹³

Los acontecimientos se precipitaron. La “*Marcha por la Constitución y la Libertad*” (19 de septiembre de 1945) no provocó la caída del gobierno militar que ya había prometido elecciones para restablecer el sistema constitucional. La *Marcha* era la demostración clara de lo que sería más tarde la *Unión Democrática* y a su vez, de la composición social de la misma. La *Marcha* agudizó la crisis militar; el sector liderado por Avalos en Campo de Mayo provocó la caída de Perón y su encarcelamiento. (8 de octubre) La reacción se produjo el 17.

Cuenta Luna:

(...) Bueno, ahí estaban. Como si hubieran querido mostrar todo su poder, para que nadie dudara de que realmente existían. Allí estaban por toda la ciudad, pululaban en grupos que parecían el mismo grupo multiplicado por centenares.

Los mirábamos desde la vereda, con un sentimiento parecido a la compasión. ¿De dónde salían? ¿Entonces existían? ¿Tantos? ¿Tan diferentes a nosotros? ¿Realmente venían a pié desde esos suburbios cuyos nombres componían una vaga geografía desconocida, una “terra incógnita” por la que nunca habíamos andado? ¿Sería posible que los moviese el nombre de ese hombre, el aborrecido, el sonriente monologuista que hacía apalear estudiantes, metía presos a los jueces, cerraba diarios, clausuraba universidades? Nos parecía increíble todo eso y las columnas que marchaban, cada vez más espesas, cada vez más im-

presionantes en su frenesí, se nos figuraban por momentos ejércitos de fantasmas, zombis conducidos por un anónimo comando de hombres con los duros rostros y los precisos gestos de los nazis de las películas...

Habíamos recorrido todos esos días los lugares donde se debatían preocupaciones como las nuestras. Nos habíamos movido en mapa conocido, familiar: la Facultad, la Recoleta en el entierro de Sal-mún Feijoo, la Plaza San Martín, la Casa Radical. Todo, hasta entonces era coherente y lógico; todo apoyaba nuestras propias creencias. Pero ese día, cuando empezaron a estallar las voces y a desfilar las columnas de rostros anónimos color tierra, sentimos vacilar algo que hasta entonces había sido inconvencible. Y nos preguntamos, apenas por un instante, si no tendrían razón ellos, los extraños, los que pasaban y pasaban, y seguían pasando sin siquiera mirarnos, coreando sus estribillos y sus cantos lanzando como una explosión el rotundo nombre de aquel hombre.

*Sin embargo no alcanzamos a dudar. Simplemente pensamos que era una lástima tanta buena gente defendiendo una mala causa. Piadosamente los contemplamos, aplastados bajo el rigor de la baja presión. Y después nos fuimos a seguir recorriendo el mapa de siempre, ahora alterado por cierta extraña soledad... Recién cuando escuchamos la voz desde la radio, catapultada por una tormenta de rugidos, nos dimos cuenta de que algo estaba pasando en el país. Pero como no entendimos que era, exactamente lo que pasaba, nos quedamos mirando sobradamente desde la vereda. **Así diez años más.** (...)”¹⁴*

13 Ibidem pag. 243.

14 Ibidem 397-398pp.[subr.nuestro]

Tulio Halperin Donghi es el otro historiador que citamos desde sus memorias. Era el más joven de los tres, aunque de la misma generación de Luna. En aquellos días de octubre de 1945 contaba con 18 años. (Había nacido el 27 de octubre de 1926). Provenía de una familia de origen inmigrante, de clase media porteña, de docentes comprometidos con los perfiles identitarios en la tradición del “viejo y glorioso” Partido Socialista. En 1944 egresaba del Colegio Nacional Buenos Aires y en 1945 iniciaba su carrera universitaria. Según refiere, su opción por la Historia fue en 1947, pero eso es otro tema.

En el registro de los años 1944 y 45 las memorias de Halperin trasuntan el clima politizado que vivía en su ambiente familiar y en su vida estudiantil. Sus padres, en tantos docentes del Instituto Nacional del Profesorado Secundario (actual Instituto Superior del Profesorado Dr. Joaquín V. González”) vivieron los avatares de la docencia “laica” y “liberal” afectada por la conducción “nazi-clerical” de la educación.

Cuenta:

“(…) Cuando ingresé en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, para cursar en ella la carrera de Química, el entero aparato educativo oficial estaba emergiendo de la pasada tormenta; mientras mi antiguo colegio había ya recuperado su nombre, y tanto las víctimas del paso del Dr. Olmedo por el Consejo Nacional de Educación cuanto los firmantes del manifiesto de octubre de 1943 destituidos entonces de sus cargos se encontraban nuevamente en posesión de ellos, en la Universidad de Buenos Aires, del mismo modo que en las restantes de la nación, había comenzado ya el

proceso que debía devolver su gobierno a autoridades elegidas siguiendo las normas fijadas en sus respectivos estatutos, y muy pronto la derrota sufrida en la elección de rector por la candidatura de guerra de Bernardo Houssay, el más ilustre de los profesores sancionados con la cesantía después de firmar el manifiesto de octubre de 1943, iba a confirmar que – tal como había previsto el Doctor José Arce, cuyo consejo había decidido al coronel Perón [sic] a arrojar todo el peso de su influencia a favor de esa solución del problema universitario- los cuerpos representativos surgidos de ese proceso aspiraban por encima de todo a mantener relaciones normales con un gobierno que por su parte, acababa de dar pruebas muy convincentes de que, tras renunciar a sus recientes veleidades refundacionales, tampoco aspiraba ya a otra cosa. (...)”¹⁵



Regía la historia objetiva desde Berkeley, California

n nuevo “clima” político parecía indicar el comienzo de la retirada del gobierno “nazi-fascista”; para lo que sugiere Halperin, no era ajeno a tal situación el desa-

rollo de la Guerra que anunciaba el “ineludible triunfo” de los aliados. Todas las fuerzas democráticas parecían seguir el ejemplo de la “Gran Alianza”, superar las viejas diferencias y aunar esfuerzos para terminar con el brote totalitario en estas regiones. Relata Halperin:

*“(...) No ha de sorprender entonces que al revelar el régimen militar que don Antonio Santamarina y la señora Berta Perelstein de Braslavsky se habían puesto a la cabeza de un complot cuyo objetivo era arrojar desde un avión previamente secuestrado con ese propósito miles de volantes convocando a los porteños a unirse a la resistencia, la inesperada alianza de ese gran hacendado y caudillo conservador y la fogueada militante comunista fuera atribuida a la impresión que estaba causando en aquel épico avance del Ejército Rojo, que comenzando a orillas del Volga estaba ya cercano a abrir sobre las ruinas de Berlín un nuevo capítulo en la historia de la humanidad, más bien que la alarma que hubiera podido inspirarle el surgimiento de un enemigo doméstico potencialmente más peligroso que el comunista. (...)”*¹⁶

La aguda observación de Halperin, parece más una apreciación del historiador que relata desde su presente, el pasado, que una impresión suya contemporánea. No caben dudas que en las inquietudes de Santamarina pesaba más el estatuto del Peón aprobado poco antes, que las “fogosidades” de Braslavsky, quien por otra parte tampoco entendió la lógica de tal Estatuto... Se estaba incubando la futura Unión Democrática.

Participó, como es obvio, en la “*Marcha por la Constitución y la Libertad*” realizada el 19 de setiembre en la que “...en la cere-

monia en la que por centenares de miles juramos derramar hasta la última gota de nuestra sangre en defensa de la Constitución y la libertad...” sin advertir en ese entonces que en dicha ceremonia había algo de irreal.

En este marco de *resistencias* se inscribe la universitaria con las consiguientes asambleas y tomas de facultades. En una de ellas participó nuestro historiador; ocurrió en los primeros días de octubre y en la toma de la Facultad de Ciencias Exactas, tres días de ocupación y la consiguiente represión policial que los confinó a todos en las mazmorras en el cuadro quinto de Devoto, que los “compañeros” comunistas parecieran identificar con discursos y canciones de la Guerra Civil española, con el famoso “Quinto Regimiento”.

“(...) Cuando finalmente nos dejaron en libertad descubrimos que la situación se había hecho en efecto fluida, y que, tal como lo había anticipado la noche anterior un rumos carcelario, Perón acababa de renunciar a todos sus cargos en el gobierno. Pero esas renunciadas, que venían a ser el primer efecto importante de la entrada del conflicto entre el gobierno y la oposición en su etapa crítica, no habían alcanzado a determinar cuál sería su desenlace, y el temple reinante en las filas de esta última, por lo que pude percibir en ese momento, parecía estar caracterizado por el desconcierto, en lo que probablemente no se diferenciaba demasiado del que había de dominar en las opuestas (...) pag.159

El 12 de octubre participó en la concentración democrática frente al Círculo Militar, para pedir el traspaso del Gobierno a la Corte. Hubo escasa, (“decepcionante” dice Halperin) asistencia; si, hubo

tiroteos posteriores y alguna dama”... *que golpeó con su paraguas a uno de los oficiales que había salido a tomar aire...*” Hubo pesimismo por la continuidad del proceso y el rumor de que los estudiantes serían nuevamente encarcelados. Por ello mucho decidieron esconderse “*en casa de algunos parientes*”. En el interín se produjo el 17 de octubre:

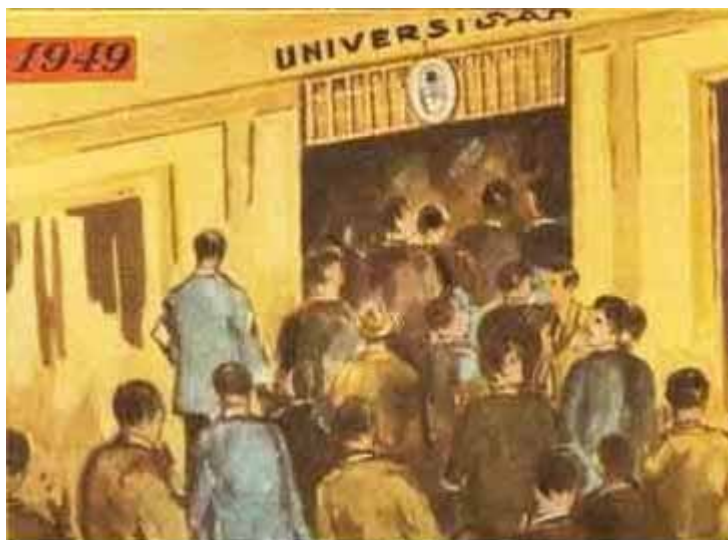
“(...) pero ya antes del 17 estaba de vuelta en casa, y desde ella vi marchar por Santa Fe, el 18 algunos rezagados celebrantes de su victoria del día anterior, que lo hacían con la lentitud esperable de quienes habían dejado atrás una agotadora jornada de largas caminatas y fuertes

emociones. Unos días más tarde el recrudecimiento del mismo rumor me hizo volver a mi refugio; esta vez solo por una noche porque en el clima menos alborotado pero no por eso menos optimista que luego del 17 se instaló en la que aún gustaba de celebrarse a sí misma como la resistencia los rumores de esa índole encontraban un eco cada vez más efímero (...)”pag.162.

Es todo sobre el 17 de octubre

El resto del relato, que completa el capítulo se refiere al proceso de Unión Democrática y su análisis excede el tema.

Las conclusiones están a disposición de los lectores, según los testimonios citados.



El Peronismo, los intelectuales y la Universidad

por Aritz Recalde *



En diversos temas la historiografía argentina fue desmintiendo falsedades y develando omisiones. Se dijo que la Revolución Justicialista era una dictadura, pese a que llegó al poder por medio de las urnas en las primeras elecciones libres desde el año 1930 y que fue derrocado por un brutal golpe de Estado en 1955. Se sostuvo que el desarrollo económico de la etapa era el mero resultante de los altos precios internacionales y no de un plan de gobierno planificado y consciente. Más allá de ésta lectura simplista, quedó demostrado que la Revolución impulsó un importante crecimiento y desarrolló Planes Quinquenales legando al país una industria básica y la fabricación de autos, barcos o de energía atómica. Se acusó a Perón de ser afín al partido nazi, en paralelo a que el mandatario reconoció al Estado de Israel y existió plena libertad de cultos durante la década de gobierno. Se difamó al sindicalismo peronista por ser supuestamente “nuevo” y manipulable y por ser

conducido demagógicamente, pese a que nunca los obreros consiguieron semejantes derechos sociales en Iberoamérica y desde el 17 de octubre de 1945 la CGT es un factor sustancial de poder político. Estos mitos fueron develados como falaces por la historiografía y por la lucha política de los argentinos.

En el caso de la universidad peronista siguen existiendo un sinfín de mentiras, de errores historiográficos y de ocultamientos. La historia oficial de la universidad se organizó por parte de los dirigentes de los partidos socialistas y de la UCR a partir de 1955 y de 1983. El planteo de dichos pensadores sostiene que el peronismo fue un movimiento “antiintelectual” e incluso algunos llegan a manifestar que en lo referente a las casas de altos estudios fue autoritario y policial.

Durante las últimas décadas varios trabajos de investigación demostraron que la etapa fue fructífera en las ciencias aplicadas y en las ingenierías y que la Revo-

lución introdujo una democratización social en el ingreso con la sanción de la gratuidad en el año 1949. Pese a éstos últimos avances en la construcción de un registro histórico más real y menos tendencioso de la cuestión, siguen existiendo deficiencias y omisiones para interpretar la universidad peronista.



En particular, en el universo de las ciencias sociales se sigue repitiendo como supuesta verdad incuestionable que la “edad de oro” de disciplinas como la filosofía, el derecho, la historia, las letras o la sociología surgió en 1955. La historia oficial escribió que antes del golpe militar no existían intelectuales o que sus aportes eran prácticamente inexistentes y que recién con la dictadura se abría una etapa de desenvolvimiento y de progreso de las ciencias sociales.



Hernán Benítez

La aristocracia frente a la Revolución

Algunas causas del ocultamiento

Los partidos socialista y radical dijeron que el peronismo era autoritario en la universidad con la finalidad de justificar los cargos que les dio la dictadura. Si lo anterior era “malo”, tendrían el derecho de acometer ilegalmente los espacios de la institución con acuerdo castrense. Los socios civiles de la dictadura de 1955 asumieron sus cátedras sin concurso, como parte de un acuerdo político con los responsables del sangriento golpe de Estado surgido del bombardeo de junio. No es casualidad por eso, que la universidad argentina calló cuando se derogó la Constitución Nacional, se intervino la justicia, se produjeron los fusilamientos de 1956 o se aplicaron masivas persecuciones y violaciones de los derechos humanos. La universidad que los historiadores liberales o reformistas denominaron “edad oro” se impuso con las armas, no con los libros o por intermedio de concursos docentes.

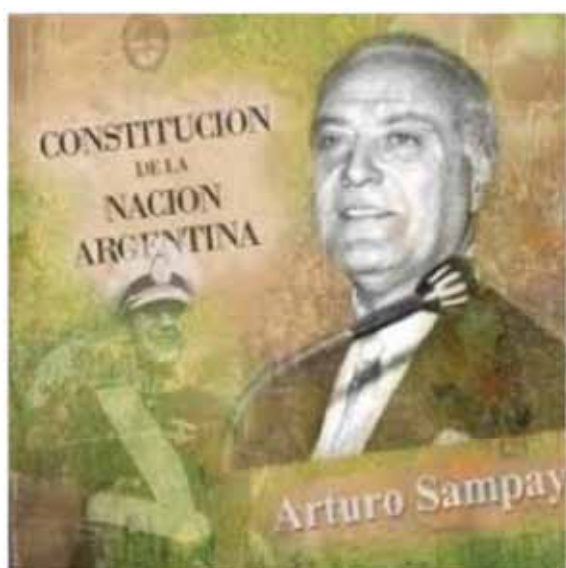
Un sector de la izquierda nacional sostuvo que el peronismo no tuvo programa académico consistente, ya que la universidad habría estado en manos de la iglesia y del nacionalismo. No es real que la iglesia manejaba la universidad y está documentado que la institución era plural como bien lo expresan la existencia de los docentes Carlos Astrada, Juan José Hernández Arregui, Carlos Cossio, José Balseiro, Alfredo Pucciarelli, José María Rosa, Diego Luis Molinari u Homero Mario Guglielmini. Por otro lado, la iglesia y el catolicismo tuvieron y tienen grandes figuras de la cultura como son los docentes Arturo Enrique Sampay, Hernán Benítez o José Enrique Miguens o los intelectuales de la envergadura de José María Castiñeira de Dios, Leonardo Castellani o de Nimio de Anquin.



“Aquila non capit muscas”

El general de los jesuitas, Jean-Baptiste Janssens, no opinaba bien de Castellani

Sectores del mismo justicialismo destacaron que Juan Perón habría opacado a los intelectuales y académicos y citan como referencia sus diputas del mandatario con Arturo Jauretche o con Arturo Sampay. Si bien es cierto que Perón es un intelectual y que en su Movimiento político existieron fuertes discusiones, tampoco se puede negar que hubo cientos de pensadores y de hombres de la cultura sin los cuales no se podía haber desarrollado la Revolución.



La reforma constitucional

Además de las tres causas mencionadas, hay otras dos que ayudan a comprender el ocultamiento y las omisiones

a la verdad. La primera tiene que ver con el hecho de que si se aplicaban las ideas e iniciativas de los pensadores y los académicos del peronismo de los cincuenta, hoy la Argentina podría ser un país soberano en el terreno económico, político y cultural. Los Estados centrales y la oligarquía interna destruyeron las instituciones de la Revolución y en la universidad expulsaron a los docentes, silenciaron sus ideas y ocultaron sus obras.

El segundo aspecto se origina en que los poderes oligárquicos se propusieron negar la existencia de pensadores ligados a los partidos políticos o a los sindicatos argentinos. Frente al supuesto “vacío” intelectual, nombraron en la conducción de la política pública a los representantes de los grupos económicos extranjeros (tecnócratas).

La universidad peronista

La universidad del peronismo se diferenció de los modelos académicos liberales y reformistas, aunque tomó aspectos de ambas tradiciones.

Función social

La universidad peronista le otorgó una función social a la institución en el universo de los estudiantes, de los docentes y de los no docentes. A diferencia del liberalismo, favoreció el ingreso a la educación de los jóvenes humildes con la sanción de la gratuidad y con las becas. La Revolución permitió la cursada de los trabajadores con los horarios nocturnos de la Universidad Obrera Nacional (UON).



La universidad para una Argentina industrial y para el ascenso de los trabajadores

Los docentes de la universidad consiguieron derechos como son la carrera docente o a la dedicación laboral de tiempo completo.

La Revolución les otorgó participación política a los trabajadores en la conducción académica. La UON tenía un rector vinculado a la CGT y en el año 1974 el peronismo le otorgó derecho a intervenir en el gobierno de la universidad a los no docentes.

Función productiva

La Revolución consideró a la independencia económica como la base de la soberanía política argentina. En este contexto, el peronismo impulsó activamente la ciencia y la cultura nacional en los sectores pública y privada, tanto en universidades como en la Comisión Nacional de Energía Atómica, el Instituto Antártico o en Fabricaciones Militares.

La Revolución estimuló la capacitación industrial y en oficio con la escuela

técnica. En el terreno de la educación superior apoyó activamente la ciencia aplicada y la regionalización de las funciones de docencia y de investigación. El peronismo impulsó la federalización de la educación con la apertura de diversas sedes de la Universidad Obrera Nacional, que ofertó carreras de ingeniería ligadas a los objetivos de los Planes Quinquenales en el terreno ferroviario o aeronáutico.

Función nacional



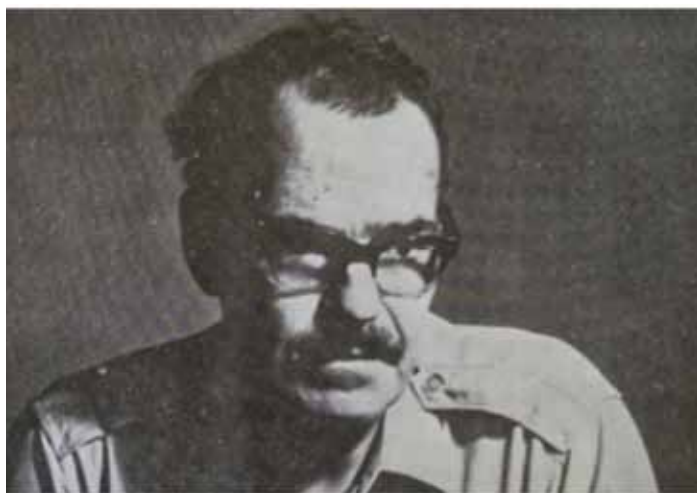
El Rector Jorge Taiana no era un profesor *flor de ceibo*

El peronismo apoyó la cultura nacional y subsidió el cine argentino, sancionó una ley de medios de comunicación que obligó a transmitir música del país y democratizó el acceso al teatro a la masa popular. En todos los casos se consideró que el folclore y demás representaciones de la cultura popular, tenían que integrarse a una nueva conciencia nacional en desarrollo.

La Revolución consideró que las universidades tenían que nacionalizarse en sus contenidos y perspectivas teóricas. Con

esta finalidad, las instituciones debían crear carreras en torno de las particularidades y de las demandas sociales y productivas de cada región. Las investigaciones tenían que contribuir a conocer los recursos naturales estratégicos y las potencialidades científicas argentinas. En el terreno de las ciencias aplicadas y del desarrollo tecnológico el avance fue notable y el país desplegó emprendimientos industriales y energéticos de histórica envergadura.

En el universo de las ciencias sociales y humanas fue una etapa fructífera en todas las áreas. En derecho enseñaron prestigiosos intelectuales y docentes como Arturo Enrique Sampay, Humberto Podetti o Carlos Cossio quien organizó la llegada al país de Hans Kelsen. La filosofía tuvo desarrollos fundamentales en las obras de los profesores Coriolano Alberini, Juan José Hernández Arregui, Carlos Astrada o Rodolfo Agoglia y en el año 1949 se organizó en Mendoza el encuentro de filosofía más importante de la historia del país.



El marxismo como método para entender lo nacional

En el año 1955 nació la carrera de psicología en la Universidad del Litoral y durante la etapa Juan Pichon Rivière—quién dictaba cátedra en la UBA—, impulsó el nacimiento de la psicología social

argentina. La asignatura sociología estuvo a cargo del filósofo marxista Juan José Hernández Arregui y de dos figuras fundamentales para la académica nacional que son Alfredo Poviña y José Enrique Miguens. La enseñanza de la historia estuvo dictada por profesores como Diego Luis Molinari, José María Rosa o Enrique Barba.

Estos y otros cientos de intelectuales y de docentes consolidaron una etapa fundamental de las ciencias sociales argentinas. Lamentablemente para la ciencia y la cultura iberoamericana, muchos de ellos fueron expulsados ilegalmente por una dictadura en acuerdo con un grupo de civiles.

Los intelectuales peronistas

El peronismo tuvo diversos intelectuales en todos los ámbitos de la vida nacional. Muchos de los pensadores de la Revolución Justicialista trascendieron más por sus obras, que por sus libros o por su actividad docente. Algunos se avocaron a la tarea tecnológica y a la gestión científica del desarrollo de la industria militar (Ing. Juan Ignacio San Martín), siderúrgica (Ing. Manuel Savio), la obra pública (ing. Juan Pistarini) o la energía atómica y la ciencia básica (José Balseiro).



A los estudiantes *fubistas* no los compraban con el cese de los aranceles ni con la jerarquía de los docentes

Eminentes docentes y funcionarios universitarios consolidaron importantes acciones en el terreno del derecho (Enrique Sampay), la economía (Ramón Cereijo) o en medicina (Ramón Carrillo).

Numerosos escritores e intelectuales acompañaron al peronismo como fue el caso de Manuel Gálvez que integró la Junta Nacional de Intelectuales o el historiador nacionalista Ernesto Palacio, quien se distanció luego del peronismo. Figuras prestigiosas del campo de la cultura acompañaron con críticas, encuentros y desencuentros a la Revolución, como son Raúl Scalabrini Ortiz, Castiñeira de Dios, Jorge Abelardo Ramos, Manuel Ugarte, Arturo Jauretche o Carlos Astrada.

A diferencia de los mitos difundidos por la historia oficial del campo intelectual y de las universidades, está demostrado fehacientemente que el peronismo tuvo un programa universitario que permitió grandes avances en todos los terrenos de la vida académica y científica.

Asimismo, la Revolución Justicialista fue acompañada por pensadores que desarrollaron la tecnología y la industria argentina, que refundaron la salud pública y que legaron grandes aportes teóricos en el universo de las ciencias humanas y sociales.



Leopoldo Marechal

La poesía compañera

por Pablo José Hernández



Leopoldo Marechal fue un ejemplo permanente de la compatibilidad entre la opción política nacional y el ejercicio de las letras en su más alto nivel.

Había nacido el 11 de junio de 1900 en Almagro y sus andanzas barriales, mechadas con vacaciones en los campos bonaerenses de Maipú, fueron conformando en él una personalidad en la que lo argentino pasó a ser parte constituyente de su estética, aunque sin descuidar nunca, claro, esos valores universales de los que se nutrió en sus periplos europeos y en la lectura de los clásicos. La divina comedia de Dante Alighieri, es obvio, fue uno de esos textos preferidos.

La vocación docente no fue una circunstancia anecdótica en su trayectoria: fue maestro de escuela desde el año 1921 hasta el 26 de febrero de 1944.

La vanguardia literaria, y sus escarseos, lo tuvieron como protagonista en los años mozos, puesto que en 1925 participó en el grupo Martín Fierro junto a Jorge Luis

Borges, Macedonio Fernández, Oliverio Girondo, Ernesto Palacio y Xul Solar.

Tres años antes, en 1922, se había iniciado en la poesía con *Los Aguiluchos*, aunque él prefería recordar su poética a partir de *Días como flechas*, de 1926. *El centauro*, de 1940, sería una de sus cumbres en el género.

Tres novelas le bastarían para ocupar un lugar privilegiado en la historia de la literatura. *Adán Buenosayres*, de 1948, silenciada por la crítica salvo excepciones notables, como el agudo ensayo laudatorio que le dedicara Julio Cortázar. *El banquete de Severo Arcángelo*, de 1965, lo rescataría del olvido a partir de ser tapa de la revista *Primera Plana* en el número en que Tomás Eloy Martínez –quien al igual que Cortázar tampoco compartía sus ideas políticas– estampaba una crónica consagratoria. *Megafón o la guerra*, de 1970, sería una novela más política acorde, desde luego, con el momento histórico que vivía la Argentina en el año de su publicación.

Antígona Vélez, escrita a pedido de Eva Perón para ser interpretada por Fanny Navarro, es su obra de teatro quizás más conocida.

Su militancia nacional, complementariamente, se agudiza a partir de aquella tarde del 17 de octubre de 1945 en que se escuchó, desde su departamento de la avenida Rivadavia al 2100, el canto alegre de una de las columnas de trabajadores que se dirigía a la Plaza de Mayo para reclamar por la libertad del coronel Juan Domingo Perón. La adhesión al peronismo, no fue sólo emocional, ni se expresó únicamente en su poesía. Un ensayo fundamental reflejaría su pensamiento al respecto, tal como lo explicara respondiendo a una

pregunta del periodista Alfredo Andrés en el libro *Palabras con Leopoldo Marechal*: “cada vez que me lo piden, hago primero la distinción entre la doctrina justicialista o su planteo teórico, y lo que fue la ‘primera encarnación’ de esa doctrina. Andrés, todo esto lo expliqué con el rigor de un teorema en mi *Autopsia de Crespo* (ver nuestro Mensaje 014), y no me llevaron el apunte. Lo que me enorgullece como argentino es que una doctrina como la justicialista naciera en nuestro país”.

Cuando Leopoldo Marechal murió el 26 de junio de 1970 estaba en la cumbre de su popularidad. Su obra, hoy, sigue manteniendo plena vigencia.

Nihil novum sub sole

por Eduardo Rosa

No hay nada nuevo bajo el sol. El filósofo de la historia Giambattista Vico nos hablaba del *corsi e ricorsi* imaginando una historia circular en la que los mismos acontecimientos básicamente volvían a ocurrir en esencia, aunque las circunstancias parezcan discimiles.

Las ideas que mueven estos acontecimientos están dentro de los grupos sociales y se vuelven repetir cíclicamente. Una de esas ideas es la de anatémizar a los oponentes para que NO EXISTAN MÁS. Y lo planean de muy pocas maneras, ya que la imaginación colectiva es solo un promedio y los promedios de ideas son necesariamente chatos y prejuiciosos. Margarita Stolbizer muy alegremente piensa que para evitar que la creciente ola “K” llegue a las playas del 2019 la justicia debe encontrar formas de evitar que su máxima líder pueda ser candidata, buscando una, cualquiera sea, excusa para inhabilitarla.

Declara muy suelta de cuerpo que “Sería una vergüenza para la sociedad que se pueda presentar a las elecciones y convertirse en una opción para 2017. La gente me para por la calle y me dice que tiene que estar presa”.

¿Y la gente que no quiere eso no camina por la calle? ¿A esos no los escucha?

Algo parecido pensó Nicolás Albarellos, siendo diputado pide un juicio que selle la historia con estas palabras:

No puede librarse a la historia el fallo del tirano Rosas. ¿Que dirá la historia cuando se vea que la Inglaterra ha de-



vuelto a ese tirano los cañones tomados en acción de guerra y saludado su pabellón sangriento y manchado con una salva de 21 cañonazos?

¿Que se dirá en la historia, y esto es triste decirlo, cuando se sepa que el valiente Almirante Brown, el héroe de la marina de guerra de la Independencia, fue el Almirante que defendió la tiranía de Rosas? ¿Que el general San Martín, el vencedor de los Andes, el padre de las glorias argentinas, le hizo el homenaje más grandioso que puede hacerse a un militar entregándole su espada? ...Yo pregunto, Señor, si estos hechos no borrarán en la historia todo cuanto podemos decir los enemigos de Rosas, si no lo sancionamos con un acto legislativo como esta ley (...).

Corsi e ricorsi. Tanto Margarita como Nicolás piensan que el anatema de la justicia borra la memoria de los hombres.

¡Menos mal, hubo una época que para borrarla los tiraban vivos desde aviones!

... Dios quiera que no se les vuelva a ocurrir.